

# MARINO, CORTEZA Y CAMINO

Existen eucaliptos que se elevan prepotentes desde el piso queriendo olvidar el sitio donde sus raíces le han dado origen. Estos mismos, lo poco que le devuelven a la tierra son unas cuentas hojas que tardan siglos en descomponerse. Hoy, un repetitivo follaje gris opaca el color y acaba en nuestra sabana los tonos verdes; hemos ido pactando con lo monótono hasta olvidar del paisaje los recodos nativos, húmedos y sorprendentes. De nogales, robles, arrayanes, mortiños... y del monte que una vez llenó nuestros riscos sólo nos llegan los recuerdos. Existen, por otro lado, palabras que nos lanzan de viejos puerros a rutas sin destino, travesías osadas donde sirenas milenarias nos atrapan con sus cantos seductores en una lucha paradójica y continua entre la vida y la muerte. Caminos que tememos iniciar y que vemos indiferentemente desde nuestra sedentaria paz. Desde las primeras clases con Marino entramos al mundo de la imagen y del símbolo: La nueva existencia de Gregorio Samsa, los túneles de Sába-

to, los hilos de las arañas de Manuel Puig, los rocines y alabardas de Cervantes, los heraldos negros de César Vallejo y el mar desconocido de León de Greiff fueron poco a poco creándonos otro universo, otro andar y otra mirada. Ingresamos a otro habitat prodigioso donde la energía de la vida se confrontaba con la palabra. Le adeudamos nuevos caminos por pajaros de lo humano que ni siquiera sospechábamos.

Por eso, hablar de Marino es hablar de árboles, cortezas, sombras y raíces. Es volver a encontrar en el pretexto de su memoria los rastros de la savia de la vida. Y es hablar de senderos, pues sus intuiciones despertaban nuevos caminantes, nuevos vaquianos; sus salidas y trotes eran parte de un nuevo andar. Tenemos que recrear el paisaje y saber que las astillas de Troncoso son algo más que aserrín. Un nuevo entorno se requiere hoy en nuestro país, y las hojas de nuevos árboles y de nuevos textos deben hacerse visibles desde lejos. Debemos propiciar otro espa-

cio de vida donde la palabra, el poema, la frase, el juego y la fantasía tengan cabida sobre la puntualidad de la muerte y la obstinación de los sordos. Por encima del paisaje árido y de la palabra vacía, debemos reconstruir la geografía y el relato del hombre colombiano que tan fácilmente se queda sin casa, sin familia y sin andar.

Marino y sus palabras recreaban la fidelidad de un jesuita que desde las inquietudes del evangelio y desde su amor por la literatura sabía descubrir en la historia y la ficción lo mejor del hombre. Ahora sólo nos queda una pregunta: ¿A qué nos puede lanzar hoy Marino y la pasión de otros tantos maestros que han caminado por nuestra Universidad deseando nuevos ecosistemas? Por lo pronto, nos da la certeza de que, más allá de los viveros y de las parcelas eruditas de la academia, el cuento, el drama y el poema tienen eterna cabida en el universo del hombre y que sus aromas y sus maderas crepitantes nos serán por siempre indispensables ♦

Alfonso Castellanos R.

*Junior, Compañía de Jesús*